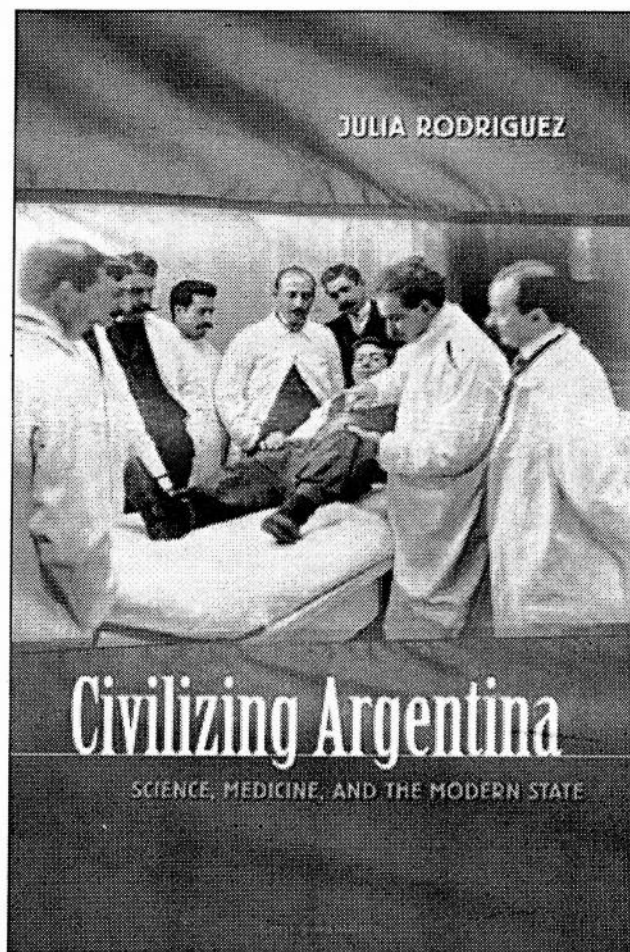


Civilizing Argentina. Science, Medicine, and the Modern State

Julia Rodríguez

Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2006

Por Ricardo Salvatore



Este libro se ocupa de la relación entre la ciencia y las políticas estatales en la Argentina moderna. Durante el período 1870-1920 un grupo de expertos médicos y criminólogos –denominados por la autora “patólogos sociales”– fueron reclutados por el Estado Argentino para promover el proyecto civilizatorio comenzado por la Generación de 1880. La “elite científica” tuvo problemas en el camino del progreso y el orden y recurrió a teorías sociales contemporáneas sobre el crimen, las multitudes, la enfermedad mental y la conducta individual, para entender los nuevos problemas sociales y proponer remedios que, a su vez, mantendrían el status quo del orden oligárquico. Desplegando un vasto aparato conceptual, estos expertos definieron e investigaron las nuevas “patologías sociales” generadas por el crecimen-

to económico y la modernización socio-cultural, e intentaron idear soluciones institucionales para ocuparse de ellas. Aunque el movimiento higienista y la criminología positivista influyeron en muchas de sus preocupaciones y perspectivas sociales, sus trabajos llevaban también la impronta de una ideología patriarcal y de posiciones de superioridad cultural respecto a sujetos subalternos (el obrero inmigrante, el delincuente, las mujeres, los menores, los enfermos mentales, etc.) que fueron en el propio proceso enunciativo de los problemas nacionales.

Médicos, psiquiatras, criminólogos, juristas y sociólogos son los actores principales de esta historia, seguidos de cerca por los funcionarios policiales, simpatizantes socialistas y otros reformadores sociales. Esta elite profesional utilizó la autoridad de la cien-

cia para intervenir en el debate público y sugerir políticas relativas a la prevención del crimen, la rehabilitación de los prisioneros, el control de enfermedades infecciosas, la regulación de la prostitución, la contención de esposas díscolas y niños abandonados y la neutralización de “agitadores” anarquistas. Medicalizando los problemas sociales, esta “elite científica” redefinió con éxito el “proyecto civilizador” imaginado por Alberdi y Sarmiento (basado en la educación, la inmigración y las leyes liberales). A diferencia de la generación anterior, los criminólogos positivistas, reformadores sociales e higienistas, identificaban la barbarie en la ciudad y sus instituciones constitutivas: el público, la familia trabajadora, la escuela, el parlamento. Inmigrantes delincuentes, anarquistas, prostitutas, mendigos, vagabundos y niños de la calle eran los “nuevos bárbaros” y a ellos debían dedicar sus esfuerzos intelectuales y sus consejos políticos. La paradoja crucial de sus intervenciones discursivas y políticas era que, en nombre de la civilización, la modernización y la ciencia, los “patólogos sociales” efectivamente diseminaron nuevos métodos de control social represivo y crearon nuevas exclusiones basadas en la raza o el género. En su esfuerzo por construir una nación cuya modernidad pudiera superar la de Europa, esta elite científica proporcionó al Estado un serie de herramientas conceptuales, prácticas e institucionales para intervenir en la vida de los subalternos: desde la toma de huellas dactilares hasta la cuarentena de los inmigrantes, desde las inspecciones en las fábricas hasta los distritos reservados a la prostitución.

¿Los “progresistas” no fueron tan progresistas? No, la cuestión es un poco más compleja. La relación entre esta elite científica y el Estado se presenta como de colaboración y beneficio mutuo. Por momentos la autora presenta a los “patólogos sociales” como

cooptados por el Estado, tentados con posiciones burocráticas, fondos del Estado y oportunidades de publicación. En otras ocasiones, funcionarios del Estado y expertos médicos y criminólogos parecen compartir la creencia en el rol terapéutico de la ciencia y la preocupación por el progreso social y político de la nación. En otros apartados del libro, los expertos médicos se infiltran en espacios cruciales del complejo institucional del Estado para llevar a cabo su proyecto de observación y diagnóstico de los problemas sociales. Las disciplinas que los “patólogos sociales” construyeron (criminología, higiene pública, sociología, psiquiatría, medicina legal, etc.) estuvieron desde el principio empañadas por su dependencia del Estado. Fue en este contexto en que un jefe policial como Vucetich pudo adquirir renombre internacional como un “hombre de ciencia”.

Una de las virtudes principales de este libro es mostrar la investigación y la agenda política de los positivistas e higienistas en sus múltiples dimensiones, campos de intervención e implicancias. Aquí el lector encontrará el compendio muy completo de textos, debates políticos e institucionales de lo que fue una verdadera reconfiguración del proyecto civilizatorio durante la “edad de oro” de la Argentina. También es importante el énfasis puesto en el género y la etnicidad, dos dimensiones generalmente tenidas a menos por alto en la historiografía argentina al discutir la ideología del progreso y sus implicaciones políticas. Ningún otro libro presenta una cobertura de la “doxa” de los expertos respecto a los peligros sociales, políticos y culturales de la ciudad. El volumen de materiales examinados es impresionante. No todo este material, sin embargo, podría clasificarse inequívocamente como “científico” o como perteneciente al discurso de la ciencia. Como argumento más abajo, esta diversidad de textos no constituye

por sí solo un objeto homogéneo de estudio a menos que se imponga sobre este material un criterio de selección muy laxo.

Civilizing Argentina no es realmente sobre Argentina sino sobre Buenos Aires, la capital de la república del progreso. Aunque muchas de las contribuciones de los “patólogos sociales” apuntaron a reformular el proyecto civilizatorio “de la nación”, en realidad se enfocaron en los problemas de la ciudad de Buenos Aires, cuya modernidad estaba muy por encima de la del resto del país. La autora deja en claro que la elite científica apuntaba a la ciudad capital dejando de lado los problemas de la campaña. Las provincias raramente aparecen como una preocupación, excepto como parte de la crítica general acerca de las condiciones de las prisiones y los hospitales. La mayor parte de las afirmaciones hechas en este libro están basadas en un vasto *corpus* de evidencia textual (libros y artículos) dejada por los miembros de la elite científica. Además, el estudio utiliza el archivo de Juan Vucetich que contribuye con información valiosa sobre los orígenes y desarrollo de la toma de huellas dactilares en Argentina y su diseminación en América Latina y Europa.

En lugar de incluir la bibliografía completa, el libro ofrece un “Ensayo sobre Fuentes” al final. La brevedad de este ensayo trae aparejada la omisión de autores y trabajos, algunos de ellos muy relevantes para la problemática. Más desconcertante aún es la falta de diálogo de la autora con la historiografía existente. ¿Está de acuerdo con la tesis de Eduardo Zimmermann de que existió un segmento reformista dentro de la elite gobernante? Es decir, que buena parte de estos actores sociales y políticos fueron verdaderos reformistas y no falsificadores de la realidad. ¿Reivindica o rechaza la visión de Dora Barrancos acerca de la existencia de un movimiento socialista progresista

que intentó educar a los trabajadores en las ciencias? ¿Debemos extrapolar de esta lectura que también los disertantes de la Sociedad Luz infundían falsa-conciencia entre los trabajadores? En mi ensayo sobre el surgimiento de un “Estado médico-legal” he presentado a un sub-conjunto de la elite científica y letrada como interesada en promover ciertas formas de acción del Estado y de control social, pero reconociendo que el proyecto positivista tenía serios desafíos y nunca conquistó de forma completa las razones sobre la gobernabilidad y el orden social. Podría esperarse un párrafo sobre la visión revisionista de Lila Caimari acerca de las ideas criminológicas en la esfera pública, sobre cómo las versiones más crudas del positivismo criminológico eran mofadas y desmentidas por la prensa periódica. Y al menos un comentario sobre la desafiante proposición de Kristin Ruggiero de que el Estado oligárquico trató de domar la pasión, de que el proceso de modernización de la vida social y del Estado implicó una negociación con la tradición y el mundo de las pasiones. ¿Y qué hay de la importante contribución de Félix Marteau sobre la relación entre el republicanismo y la criminología? ¿O la proposición de Jorge Salessi de que las perspectivas científicas y políticas estaban basadas en tres ansiedades constitutivas? El trabajo de Gabriela Nouzeilles sobre los médicos que escribían ficción sobre el peligro de la degeneración no es mencionado. ¿Deberían estas “ficciones somáticas” estar sujetas al criterio de la verdad? La renuencia a aclarar las contribuciones del libro en relación con la historiografía existente en Argentina es quizá el mayor defecto de este trabajo.

No todo lo que parece nuevo es verdaderamente original. Rodríguez ha construido un argumento sobre el lado oscuro del proyecto civilizatorio en la Argentina moderna,

cuyas partes fundamentales aparecen en el trabajo de otros historiadores y críticos culturales. Hace mucho tiempo ya, David Viñas expuso el carácter racista de las enunciaciones de la Generación del Ochenta con relación a indígenas y judíos. Podría pensarse también en el argumento de Donna Guy de que los socialistas, en su afán de proteger a las mujeres, promovieron legislación que terminaron llevándolas de regreso al hogar. O en la discusión de Oscar Terán acerca de la idea de degeneración y decadencia en la cultura intelectual de fines del siglo XIX. O en la discusión de Jorge Salessi acerca de las prácticas de la inspección médica o la cuarentena de los inmigrantes. O las contribuciones de Vezzetti y Sozzo sobre el dispositivo manicomial y el tratamiento de los “locos-delincuentes”. La lista de trabajos no reconocidos en este libro podría seguir por varios párrafos. ¿Que es entonces lo nuevo de este trabajo? No la idea de que la modernidad y la civilización positivistas tuvieron un lado oscuro, ya que ello ha sido explorado en numerosos trabajos, sino la noción de que esta perspectiva o ideología era una máscara que encubría la realidad al servicio del Estado —la idea de que enunciaciones “pseudocientíficas” contribuyeron a un control social represivo.

Coincido con la autora en que las proposiciones sobre las patologías sociales estaban basadas en concepciones elitistas y de género, pero encuentro bastante problemática la noción de que todo lo que escribieron era “falso” o “fabricado”. Para una elite intelectual preocupada abiertamente por la recolección y el estudio de evidencia empírica, la cuestión de la objetividad no debería ser descartada tan fácilmente. Mientras que algunos de sus consejos sobre los orígenes sexuales de la “histeria” y otros estados mentales son piezas de sinsentido disfrazadas de verdades científicas, otras proposiciones

derivadas de entrevistas en la calle y exámenes clínicos no lo son. Me pareció exagerado sugerir que los arquitectos que trataron de embellecer el centro de la ciudad construyendo avenidas parisinas y monumentos, y que luego construyeron los tranvías eléctricos tenían en su mente empujar a los trabajadores pobres a los suburbios. También es discutible la idea de que los higienistas, una vez persuadidos (sin razones) de que las grandes epidemias y enfermedades contagiosas habían sido controladas, se dedicaron a atacar las “plagas sociales” como las enfermedades venéreas, la tuberculosis y el alcoholismo. Los historiadores de la medicina coincidirán conmigo de que las contribuciones de Wilde, Rawson, Gache, Coni y otros higienistas fueron estimuladas por un deseo de mejorar la condición de vida en las ciudades. En parte, porque consideraban que esto (el bienestar de las mayorías) era otra de las dimensiones del “progreso”.

Más que fabricaciones intelectuales para legitimar un orden social dado, estos intelectuales y expertos proveyeron visiones de la sociedad validadas por estadísticas o evidencia clínica. Es cierto, hubo algunos usos retóricos de las estadísticas; expresiones de deseos sobre la necesidad de estadísticas o trabajos que extrajeron de unos datos pobres un conjunto de inferencias poco fundadas. Pero hubo en esta época un verdadero despliegue de un aparato estadístico que posibilitó nuevas miradas sobre la sociedad argentina. Y las inferencias que se obtuvieron de ellas no fueron tomadas a pies juntillas. De hecho, la autora muestra como Lancelotti desafía la noción de este grupo acerca del peso de los inmigrantes en la criminalidad produciendo nuevas estadísticas en contrario. La posición original de Delleppiane (y luego de Moyano Gacitúa) fue así contestada por el propio funcionamiento de la crítica “científica”. Los datos

que estos “patólogos sociales” recolectaron –aunque sus interpretaciones sean parciales– siguen siendo útiles para los estudios contemporáneos del crimen, el suicidio y la salud pública.

Finalmente, los lectores deberían saber que hay importantes errores fácticos en el libro. Eduardo Wilde no fue presidente de la Argentina. Fue ministro de dos administraciones y presidente de varias instituciones de salud pública pero nunca presidente de la nación. A pesar de estos defectos, el libro merece una amplia lectura, en parte porque se ocupa de las elites profesionales que reconfiguraron el proyecto de “civilización” de la Argentina de fin de siglo, que crearon nuevas categorías de sujetos y diseñaron otras formas de intervención y control del Estado. Estos son temas importantes porque hacen a la relación constitutiva entre Estado, ciencia y sociedad. Este libro presenta una extensa visión de los trabajos de criminólogos, higienistas y reformadores sociales y de las implicaciones de estos trabajos en las políticas del Estado. Este compendio facilitaría el trabajo de otros historiadores que quisieran establecer comparaciones internacionales, incorporar el interior a su análisis, desafiar las presuposiciones de una *intelligentzia* periférica o investigar el impacto de las políticas del Estado en las relaciones familiares o de género.

Civilizing Argentina aborda la importante cuestión de las categorías de sujeto creadas por la ciencia, como un proyecto colectivo y elitista. Y explora con mayor detenimiento que otros libros la cuestión de la diferencia de género y racial en la ideología del progreso. No se preocupa, sin embargo, por indagar el costado subalterno de estos discursos científicos. La voz narrativa aparece siempre la de un ser progresista, políti-

camente correcto, crítico de las promesas no cumplidas del “progreso”, preocupado de enmascarar y desmentir el meta-relato falso de la nación que aglutinó a las elites liberales de principios de siglo. Este sujeto autorial se mantiene ajeno a los micro-conflictos de aquella época –posiblemente superados y olvidados con el tiempo– y también hermético a los debates historiográficos en Argentina. El libro se escribe desde un afuera y para un afuera. Para los historiadores argentinos, no resulta una novedad que el proyecto del progreso coexistiera con grandes desigualdades sociales y políticas, ni que este proyecto estuviese asentado en concepciones de superioridad racial y étnica.

Lo que aparece como nuevo en este libro es la proposición de una elite burocrática y de expertos construyó una nueva civilización basada en la ciencia, cuyo objeto más importante fue el control social y el disciplinamiento. El trabajo principal y último de esta elite científica –que pocos historiadores argentinos se animarían a poner en la misma bolsa– fue enmascarar la desigualdad y el descontento real de la era del progreso. Es decir, agregar capa por capa, de una disciplina a otra, múltiples mitificaciones que construyeron una gran nube de falsa-conciencia. Si la elite científica se hubiese preocupado por las verdaderas causas de la pobreza, explotación, desnutrición y dominación racial y de género, si hubiesen dicho y escrito “la verdad”, entonces, todo podría haber sido diferente. Aunque desde una posición más humilde y sin la posibilidad de reclamar la posición de Europa en América, la elite científica argentina podría haber construido un país más justo y, sobre todo, un país más apegado a la verdad. En suma, la Argentina del Progreso podría haber sido un país más (norte) “Americano”.